

Konrad Lorenz

El anillo del rey Salomón

Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros



El anillo del Rey Salomón es una obra de gran interés, en la que Konrad Lorenz hace un estudio sobre la comunicación y la violencia en los animales, así como su relación con el ser humano. En muchos casos, las consecuencias que obtiene en sus estudios con animales son extrapolables al hombre. Si se pone en una situación similar a animales de una misma especie se verá que mantienen comportamientos similares a los que podríamos llamar formas estables de comportamiento. En los grupos de animales, como en los humanos, hay jerarquías, déspotas, enfrentamientos territoriales o por una hembra, y signos/mensajes invariables para cada necesidad, lo que podríamos llamar un lenguaje.

El libro analiza los comportamientos animales en dos aspectos claves: comunicación y violencia, aspectos en los que no difieren tanto del ser humano como se podía pensar.

Introducción

La observación de la naturaleza ha apasionado al ser humano desde los tiempos más remotos y aún se conservan testimonios, como las pinturas de Altamira o de Lascaux, de la fascinación que producían los animales en el hombre antiguo. Posiblemente, buena parte de esta fascinación se debía a la dependencia del hombre de los demás seres vivos, pero existen suficientes evidencias como para pensar que aquel interés no era exclusivamente utilitario.

Durante mucho tiempo, la relación entre la humanidad y el resto del mundo animal se desarrollaba en dos vertientes fundamentales. Por una parte, estaban todas aquellas acciones que permitían al hombre aprovecharse de las especies útiles y protegerse de las que consideraba nocivas o peligrosas. Pero también creó un conjunto de idealizaciones sobre aquellos animales que resultaban sugerentes para cada grupo cultural. Sin embargo, el estudio científico de los animales no apareció hasta tiempos recientes, y en sus primeras etapas consistió en trabajos de descripción y clasificación. El estudio científico del comportamiento de los animales, la Etología, no surgió hasta fines del siglo XIX.

En *El anillo del rey Salomón* Konrad Lorenz, uno de los grandes impulsores de la Etología moderna, se dirige a un público no especializado, pero interesado en la vida animal, para comunicarle las maravillosas experiencias de su relación cotidiana con diversas especies. Pero no hemos de equivocarnos: aunque se dirija al lector como un aficionado más a los animales domésticos, Lorenz es un científico y de-

trás de cada uno de sus comentarios y opiniones hay muchas horas de observación rigurosa, de anotaciones y de pruebas contrastadas. Así pues, el lector encontrará aquí, expuestos con sencillez y amenidad, una serie de casos que ilustran algunas de las grandes aportaciones de Konrad Lorenz a la Etología, como la teoría de la impronta y la noción de mecanismo innato de desencadenamiento o sus reflexiones sobre la agresividad, el aprendizaje y el lenguaje.

Para todos los públicos

Un acuario con la cantidad y la clase adecuadas de peces es quizá la forma más sencilla de observar en casa el comportamiento animal. Bajo la guía de Lorenz descubriremos aspectos de la conducta de animales supuestamente tan poco apasionantes como los «peces de colores». Así veremos cómo el espinoso, el combatiente siamés y algunos cíclidos superan con creces en ardor y fiereza a otras especies que gozan menos merecidamente de la fama de ardientes y fieros.

La comunicación animal

Uno de los temas centrales de *El anillo del rey Salomón* es el lenguaje de los animales. Al exponer de forma clara y comprensible las particularidades de los animales. Al exponer de forma clara y comprensible las particularidades de los sistemas de comunicación animal, Lorenz nos advierte que hay que evitar el antropocentrismo que nos mueve a comparar miméticamente las características y los mecanismos del lenguaje humano con los mecanismos y características de los lenguajes de los animales. Cada individuo de una especie animal superior dispone, de manera innata, de un código de señales completo, así como de la facultad de emitir y comprender correctamente estas señales. Pero no siempre utilizan este lenguaje con la intención consciente de influir sobre algún congénere, sino que pueden emitir las señales correspondientes a un estado de ánimo deter-

minado estén o no presentes otros individuos de su especie.

Los tópicos falsos...

Lorenz se esfuerza en desmentir tópicos populares falsos sobre el comportamiento de ciertos animales. Tal es el caso de la pretendida mansedumbre de los animales vegetarianos, que queda en entredicho cuando nos enteramos de la extrema crueldad —según los veremos de la conducta humana— con que una tórtola puede tratar a su enemigo derrotado o del daño que pueden llegar a producirse dos liebres durante una pelea. Asimismo, los tópicos sobre la ferocidad indiscriminada de los carnívoros quedan desmentidos al saber que sus luchas con congéneres, sangrientas en apariencia, suelen terminar sin grandes daños gracias a los mecanismos inhibidores que les impiden herir gravemente a sus adversarios.

... y los verdaderos

La fidelidad de los perros, la inteligencia de los córvidos o la independencia de los gatos son tópicos que se ven plenamente confirmados por las observaciones de Lorenz, quien además nos informa de que esos conocidos comportamientos y otros menos evidentes constituyen el equipamiento básico con que cada especie animal se enfrenta a la lucha por la supervivencia.

Prólogo

Lo que llevé a cabo movido por la ira, creció con ímpetu de la noche a la mañana, mas no perduró en la lucha con los elementos.

Lo que sembré movido por el amor, germinó con firmeza y maduró pausado, y gozó de la bendición del cielo.

PETER ROSEGGER

Para poder escribir sobre la vida de los animales se ha de tener una sensibilidad cálida y sincera hacia toda criatura viva. Yo creo poseer esta condición; pero no recuerdo los versos de Peter Rosegger con que encabezó este prólogo con el deseo de poner de relieve que este libro sea fruto de mi amor a los animales vivos, sino todo lo contrario, puesto que ha nacido del enfado que me producen muchos libros que tratan de animales. Debo confesar que si he hecho algo en mi vida movido por la ira, ha sido precisamente el escribir las historias que doy en estas páginas.

¿Qué es lo que me molesta? El montón de libros sobre animales, llenos de embustes e increíblemente malos, que se ofrecen hoy en todas las librerías; la turba de escritores que se atreven a contar cosas de los animales sin conocerlos. No se pueden subestimar los errores que difunden las

historias de animales escritas de manera irresponsable, especialmente entre la juventud sensible.

No vale objetar que las falsedades son simples licencias de una exposición artística. Desde luego, a los poetas les está permitido estilizar a los animales, lo mismo que cualquier otro objeto, según las necesidades de los procedimientos poéticos. Los lobos y la pantera, el inolvidable meloncillo «Rikkitikkitavi» de Rudyard Kipling hablan como hombres; la abeja «Maya» de Waldemar Bonsel es tan formal y cortés como una persona bien educada.

Pero estas licencias sólo pueden permitirse al que conoce realmente a los animales. Tampoco puede exigírsele, al que se dedica a las artes plásticas, que eleve la representación de un objeto hasta la exactitud científica. Pero mala cosa si no «conoce» y si su «estilización» es sólo un manto que pretende usar para encubrir su incapacidad.

Yo soy naturalista, no artista; de manera que no me voy a permitir semejantes licencias o «estilizaciones». Por lo demás, creo que si se quiere convencer al lector de la belleza de un animal, no es necesario recurrir a tales libertades, pues basta con atenerse a los hechos, como en los más rigurosos trabajos científicos, ya que las verdades de la Naturaleza orgánica son de una belleza que inspira amor y veneración, y se nos ofrecen tanto más bellas cuanto más penetramos en sus detalles y particularidades. Es un desatino decir que la investigación positiva, la Ciencia, el conocimiento de las relaciones naturales, menguan el placer que procuran las maravillas de la Naturaleza. Al contrario, el hombre se siente conmovido por la realidad viva de la Naturaleza, y tanto más profundamente cuanto mayores son sus conocimientos sobre ella. No existe ningún buen biólogo, cuyos trabajos fueran coronados por el éxito, que no haya sido llevado hacia su profesión por aquel placer interior que deriva de contemplar las bellezas de las criaturas vivas, y que al mismo tiempo no sienta aumentar su placer en la Naturaleza y en el trabajo, a medida que se amplían

sus conocimientos profesionales. Lo dicho vale para todas las ramas de la Biología, aunque de una manera especial para la investigación del comportamiento de los animales, a la que he dedicado mi vida de trabajo. Esta parte del estudio requiere familiarizarse directamente con los animales vivos, y pide, además, una dosis de paciencia tan extraordinaria, que no basta, para perseverar en ella, el simple interés teórico, sino que exige algo más: el amor que sabe ver, tanto en el comportamiento de los animales como en el del hombre, las relaciones que presentía.

Y ya sólo me queda expresar el deseo de que este libro no resulte un fruto malogrado, pues aunque, hasta cierto punto, ha sido engendrado por un sentimiento de ira, éste no habría nacido, al fin y al cabo, sin aquel amor.

KONRAD LORENZ

Prólogo a la segunda edición austríaca

SOBRE ALGUNOS DEFECTOS DE FÁBRICA

Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca

Nosotros —y en este colectivo nos incluimos el autor, que éste es el primer libro que ha escrito; la editora, que en realidad es jurista y sólo secundariamente se ha dedicado a la edición de libros y por entonces no había producido ninguno, y, finalmente, el corrector, que, aunque duro de mollera, era el único literato profesional de los tres—, un apacible atardecer del año pasado, después de discutir sobre libros de animales, buenos y malos, decidimos componer el que tienes en las manos, lector. Estamos orgullosos de lo que hemos producido, pero no queremos ocultar sus defectos.

Para empezar, tropezamos con el título original: «Habla con las bestias, los peces y los pájaros». Puede dar origen a interpretaciones que no corresponden a nuestro sentir, y, así, me escribió un lector, que casi había tirado el libro, que recibiera como regalo de Navidad, porque no quería imaginarse incluido en ninguno de los tres grupos de presuntos oyentes a los que, al parecer, dirigía el autor sus palabras.

El título del tercer capítulo anunciaba «Tres animales de presa en el acuario» cuando, bien mirado, sólo se trataba de dos, del ditisco y de la larva de libélula. El tercer depredador, que era el lucio, fue eliminado por el corrector, porque era demasiado largo (el texto dedicado al lucio, no el corrector). Pero dejó el encabezamiento del capítulo tal como estaba, prometiendo un tercer animal de presa, que luego no aparecía. Temí las peores consecuencias; pero afortunadamente sólo un lector advirtió la pequeña equivocación: era un científico bien conocido por su meticulosidad.

También debo recordar la lamentable historia del hámster dorado, que se puede dejar libre por la habitación, porque —según el libro— no roe ni trepa. Ya tuve el presentimiento de que me había precipitado cuando, poco después de la impresión de nuestro librito, encontré un nido de esta especie sobre un elevado cofre de estilo María Teresa y en un archivador de cartas. Un rollizo hámster macho, ya de edad madura, descubrió que el papel era un material excelente para el nido, y, además, había desarrollado una admirable técnica de escalada de «chimenea», que aplicaba para subir entre el arcón y la pared. Sus dientes abrieron una cavidad esférica en el centro del legajo de cartas, y con el material así obtenido acondicionó el nido magníficamente. De las cartas que había en el archivador quedaron sólo una especie de marcos; pero, hacia los extremos, los redondos agujeros se iban haciendo cada vez más pequeños, siguiendo una curva que no es privilegio de los geómetras; sólo la primera y la última de las cartas habían quedado intactas. Así, por principio, interrumpo la lectura de las cartas que me envían mis lectores y que, tras algunas manifestaciones benévolas, referentes a la valía del libro en general, pasan a tocar el capítulo de los hámsteres dorados. Sé demasiado adonde van. Por eso he vuelto a confinar estos animalitos en sus cajones, y no por los archivadores de cartas —hasta ahora no han comido otra cosa

—, sino porque representarían una amenaza para el jerbo, que hace algún tiempo salta por mi habitación. Por desgracia, en la última limpieza general, mi esposa encontró en el nido del citado roedor otra prueba acusadora: hilos de lana, rojos y azules, de la alfombra —acerca de la gran alfombra persa con las manchitas verde oscuras que han palidecido hasta el verde amarillento, véase la página 24—. De manera que la alfombra o el jerbo deberán salir de mi habitación. Aún no me he resuelto a tomar una decisión.

Finalmente, estos últimos días me han puesto de tal humor mis acuarios, que me parece una burla el título que di al segundo capítulo: «Algo que no puede causar daño, el acuario». Recientemente, en el silencio de la noche, se rompió el cristal de un acuario de cien litros, por lo cual se inundó la habitación, y anteayer, a las cinco de la madrugada, mis tres bombas de aireación dejaron de funcionar a la vez. Estuve luchando siete horas con ellas, hasta conseguir que por lo menos una volviera a trabajar. De ello dependía la suerte de una numerosa cría de cíclidos (*Etroplus maculatus*). En mi libro se insiste machaconamente en que no deben ponerse demasiados peces juntos en un acuario; por lo menos no debe rebasarse la capacidad que permite el equilibrio biológico del recipiente. Por desgracia, aquel acuario contenía unos trescientos pequeños *Etroplus*, de 2 a 3 cm de largo, siendo así que sólo debía haber puesto unos treinta. El trabajo de reparar las bombas podía compararse con el de un cirujano luchando con un vaso que sangra copiosamente y que no puede localizar. Mas prometo que mañana mismo los doscientos setenta pececitos supernumerarios serán distribuidos por diferentes comercios vieneses de peces.

Después de estas experiencias creo tan poco en los encabezamientos de capítulos, que me he procurado dos pinzones, como reacción al título del capítulo octavo, donde digo: «Hazme caso y no compres ningún pinzón». Son dos pajaritos apacibles, que ha criado mi colaboradora, la doc-

tora Use Prechtl-Gilles, para estudiar experimentalmente las reacciones con que solicitan alimento los pajaritos jóvenes. Por ahora, las avecillas son mansas, encantadoras y se portan bien. Sirva esto de consuelo a los lectores que me han escrito cartas llenas de reproches en defensa de los pinzones.

A pesar de estos defectos, todo lo que se consigna en el libro es verdad, aunque muy relativa. Pruébese a dejar una ardilla en la habitación; comparado con ella, un hámster dorado resultará un ser completamente inofensivo. El acuario es fuente de preocupaciones y daños sólo en casos excepcionales, y creo que mis pinzones no serán siempre tan mansos y buenos como parecen hoy. De manera que prefiero dejar las cosas tal como estaban en la primera edición^[1].

Lo que llevé a cabo movido por la ira, creció con ímpetu de la noche a la mañana, mas no perduró en la lucha con los elementos.

LOS ANIMALES PUEDEN RESULTAR INCÓMODOS

¿Por qué deseo tratar previamente de los lunares y sombras que enturbian nuestra convivencia con los animales? Porque el grado en que estamos dispuestos a tolerar estos aspectos menos agradables, a sacrificarnos por ellos, nos da una medida de nuestro amor hacia los animales. Siento una gratitud inmensa hacia mis pacientes padres, que se limitaban a menear la cabeza o a suspirar resignadamente cada vez que, en mis años de escolar y joven estudiante, traía a casa un nuevo «inquilino» que sólo podía augurar inéditos maleficios. ¡Y lo que ha tenido que aguantar y conllevar mi esposa en el transcurso de los años! No sé de otro que se atreviera a pedir a su mujer que dejara correr por su domicilio una rata, que, aun siendo mansa, sabe cortar preciosos agujeritos circulares en las sábanas para procurarse el material con que mullir su nido. O tolerar que una cacatúa se dedicara a arrancar todos los botones de la ropa tendida en el jardín. O que un ganso montaraz pernoctara en el dormitorio, para salir volando cada mañana a través de la ventana. Y es de notar que los gansos montaraces son incapaces de aprender a conservarse limpios dentro de las habitaciones. Y ¿qué diría cualquier mujer cuando averiguase que los vistosos puntitos azules, que dejan esparcidos sobre muebles y tapicerías ciertos pájaros después de comer bayas de saúco, son completamente indelebles...? En fin, esta exposición se haría casi interminable.

Se me preguntará: ¿Es absolutamente necesario todo esto? Y mi respuesta será un «¡sí!» rotundo y categórico.

Desde luego, es posible encerrar a animales en jaulas adecuadas para tener en el salón; pero sólo se puede conocer a los animales superiores y de mayor inquietud psíquica cuando se deja que puedan moverse con entera libertad. ¡Cuan pobre e interiormente mutilado nos resulta un mono, un prosimio o un gran papagayo, acostumbrado a vivir en una jaula, y cómo contrasta con la increíble movilidad, diversión e interés del mismo animal cuando goza de absoluta libertad! Sea como fuere, es condición previa estar dispuesto a aceptar daños y molestias. El tener a los animales superiores en libertad ilimitada ha sido siempre mi especialidad, aunque por razones de método científico, puesto que una parte muy considerable de mis investigaciones la he llevado a cabo con animales libres y mansos. La tela metálica de las jaulas ha desempeñado en Altenberg un papel poco corriente e incluso opuesto al habitual: debía impedir que los animales entraran en la casa o en el jardincito que hay delante de la misma.

También les estaba rigurosamente prohibido permanecer dentro del vallado que circundaba los bellos parterres de flores. Pero tanto para los niños como para estos inquietos animales todo lo prohibido tiene una mágica fuerza atractiva. Añádase a esto que los gansos montaraces, deliciosamente afectuosos, necesitan la compañía humana. Así, una y otra vez, antes de que uno se apercibiera, de veinte a treinta gansos estaban paciendo en los parterres floridos o, mucho peor, invadían la galería con ruidosos saludos. Ahora bien, es extraordinariamente difícil mantener alejada de un determinado lugar un ave que puede volar y que no teme al hombre. De nada servían los gritos estentóreos ni mover los brazos violentamente. El único espantajo resultó ser un enorme parasol de jardín, de color rojo subido. Cual antiguo caballero lanza en ristre, mi esposa avanzaba hacia los gansos con el parasol plegado bajo el brazo, se detenía lanzando un grito de guerra y abría de golpe el parasol. Es-

to era más de lo que podían tolerar nuestros gansos, y la bandada se elevaba ruidosamente por los aires.



Por desgracia, mi padre anulaba en buena parte todas las medidas adoptadas por mi esposa para educación de los gansos. El buen señor se había aficionado a estas aves, atraído especialmente por el comportamiento «caballeresco» y valeroso de los machos, y nada podía evitar las invitaciones diarias a los gansos en la galería. Puesto que por entonces su vista no era ya muy buena, no advertía bien las consecuencias materiales de semejantes visitas de los gansos, a no ser que pusiera el pie encima. Un atardecer, al acudir al jardín, eché de menos, con asombro, la mayor parte de los gansos. Temiendo lo peor, me dirigí al estudio de mi padre y, ¡oh, santo cielo! Sobre una preciosa alfombra persa se habían instalado veinticuatro gansos en torno a mi buen progenitor, el cual estaba sentado ante su mesa de trabajo, tomando té, leyendo el periódico y dando a las aves trocitos de pan. No cabía duda de que los gansos se sentían algo extraños en la habitación, pues daban ciertas muestras de nerviosismo, que se manifiesta de manera muy poco agradable, en su actividad intestinal. Lo mismo que